

y cuatro meses después de la apertura de los Estados Generales, 16.000 desertores vagando en torno de París, dirigieron las insurrecciones en vez de reprimirlas.

II

Una vez arrastrado este dique, ya no lo hay y la inundación corre sobre toda la Francia como sobre una llanura sin fin. En casos parecidos ocurridos en otras naciones, halláronse obstáculos; había sitios elevados, lugares de refugio, algunos antiguos cercados en los cuales, en medio del azoramiento general, encontraba abrigo una parte de la población. Aquí el primer choque acaba de arrebatarse los últimos restos, y cada uno de estos 26 millones de hombres dispersos, queda aislado. Durante mucho tiempo, y por medio de un trabajo inservible, la administración de Richelieu y de Luis XIV, destruyó las agrupaciones naturales que tras una socavación repentina, vuelven á formarse por sí mismos. Exceptuando en Vendée no veo ningún sitio ni clase alguna donde muchos hombres, confiando en algunos, puedan reunirse en torno de estos, á la hora del peligro, para constituir un cuerpo. No hay patriotismo provincial, ni municipal. El bajo clero es hostil á los prelados; los gentil-hombres provincianos á la nobleza de la corte; el vasallo, al señor; el labriego, al ciudadano; la población urbana á la oligarquía municipal; la corporación á la corporación; la parroquia, á la parroquia, el vecino, al vecino. Todos están separados por sus privilegios, por sus celos, por la conciencia que tienen de ser gravados ó postergados en provecho ajeno. El oficial sastre está agriado contra el maestro sastre, que le impide ir á jornal á casa de los burgueses; los dependientes de peluquería, contra el maestro peluquero que no les permite peinar á domicilio; el pastelero, contra el panadero, que le impide cocer las pastas de las caseras; el hilador lugareño, contra el hilador de la ciudad, que quisiera destrozar su telar; los viñadores del campo, contra el burgués que querría hacer arrancar sus viñas en un radio de siete leguas; la aldea, contra la aldea vecina, cuya minoración contributiva recarga su cupo, el labrador de elevada cuota, contra el que la tiene baja; la mitad de la parroquia contra sus colectores que, en detrimento propio, favorecieron á la otra mitad. «La nación.—decía tristemente Turgot, según de Tocqueville, 158,—es una sociedad compuesta de distintas clases mal unidas, y de un pueblo cuyos miembros tienen entre sí muy pocos vínculos, y en la cual, por consiguiente, nadie

se ocupa más que de su interés particular. No hay en parte alguna interés común visible. Los pueblos y las aldeas no tienen entre sí mayores relaciones que los distritos á que pertenecen, ni siquiera pueden ponerse de acuerdo para dirigir las obras públicas que les son indispensables.» Durante ciento cincuenta años, el poder central dividió para reinar. Mantuvo á los hombres separados, les impidió el concertarse, se las arregló de tal manera, que ya no se conocen, que cada clase desconoce á las demás, cada una se forja de las otras una idea fantástica, pintando cada una de ellas á las demás, con los colores de su propia imaginación, componiendo una un idilio, forjando otra un melodrama, representándose la una á los labradores como tiernos pastores, y persuadida la otra de que los nobles son tiranos horribles. A consecuencia de este mutuo desconocimiento y de este aislamiento secular, perdieron los franceses la costumbre, el arte y la facultad de obrar unidos. Ya no son capaces de inteligencia espontánea, ni de acción colectiva. En el momento del peligro nadie se atreve á contar con sus vecinos ó con sus iguales.

Nadie sabe dónde volver los ojos para encontrar un guía. «No se percibe un solo hombre que pueda responder del más pequeño distrito; y en breve no se verá ya ni uno que pueda responder de otro hombre,» según las palabras de Burke, que pueden verse en de Tocqueville, 304. La dispersión es completa y no tiene remedio. La utopía de los teóricos se ha realizado, ha vuelto á empezar el estado salvaje. No hay más que individuos justapuestos; cada hombre queda sumido en su debilidad originaria y sus bienes y su vida están á merced de la primera partida que pueda formarse. Para guiarle, no resta en él más que la costumbre rutinaria de ser conducido, de aguardar el impulso, de mirar en la dirección del centro ordinario, hacia París de donde siempre partieron las órdenes. Arturo Young, en sus *Viajes á Francia*, queda pasmado de este gesto maquinal. En todas partes, la ignorancia y la docilidad políticas son completas. El, un extranjero, es quien á de dar á Borgoña las noticias de Alsacia; la insurrección fué en ella terrible; el populacho saqueó las casas consistoriales de Estrasburgo y nadie sabe de ello una palabra en Dijon. «Sin embargo, escribe, van ya nueve días que ocurrieron los hechos, pero dudo que estén más enterados cuando hayan transcurrido diez y nueve.» No hay ningún periódico en los cafés, ningún centro de noticias, de resolución ni de acción local. La provincia conlleva los acontecimientos de la capital; «la gente

no se atreve á menearse; ni tampoco á tener opinión sin que París la haya manifestado.» A eso es á lo que conduce la centralización monárquica. Esta quitó á los grupos su consistencia y al individuo su iniciativa. Queda un polvo humano que se arremolina y que con irresistible empuje correrá convertido en una sola masa, empujado por la fuerza ciega del viento.

III

Ya sabemos de donde sopla, y para asegurarnos de ello, basta ver cómo se escribieron las actas del Tercer estado. El hombre de ley, el procuradorcillo de provincia, el abogado envidioso y teórico, es quien dirigió al labriego. Este insiste para que en el acta se extiendan por escrito y ampliamente sus agravios locales y personales, su reclamación contra los impuestos y censos, su instancia para eximir á sus perros de la trailla (*billot*), su deseo de tener un fusil para librarse de los lobos. El otro, que inspira y dirige, envuelve todo eso en los Derechos del hombre y en la circular de Sieyès. «Durante dos meses, escribe un comandante del Mediodía, (de Armagnac, marqués de Fodoas), los jueces inferiores, los abogados que hormigean en todos los pueblos y campiñas, con el objeto de hacerse nombrar diputados en los Estados generales, se han metido entre la gente del Tercer estado, con el pretexto de defenderla é ilustrar su ignorancia... Hanse esforzado en persuadirles de que en los Estados generales, serán ellos los dueños únicos de arreglar todos los asuntos del reino, que el Tercer estado, escogiendo sus diputados entre la gente de toga tendría el derecho y la fuerza de sobresalir, de abolir la nobleza, de destruir todos sus derechos y privilegios, que esta ya no sería hereditaria, que todos los ciudadanos que la merecieran tendrían derecho á pretenderla; que si el pueblo les diputaba á ellos, harían conceder al Tercer estado lo que quisiera, porque habiendo convenido los curas, gente del Tercer estado, en separarse del alto clero y unirse á ellos, la nobleza y el clero juntos no constituirían más que un voto contra dos del Tercer estado... Si este hubiera elegido sabios burgueses ó negociantes, se habrían estos unido á las otras dos órdenes sin dificultad. Pero las asambleas de bailla y senescalía se han henchido de gente de toga que absorbía las opiniones y quería tener la primacía sobre todos los demás, y cada uno por su lado intrigaba y cabildeaba para hacerse elegir diputado. «En Turena, escribe el intendente de Tours, en 25 Marzo de 1789,

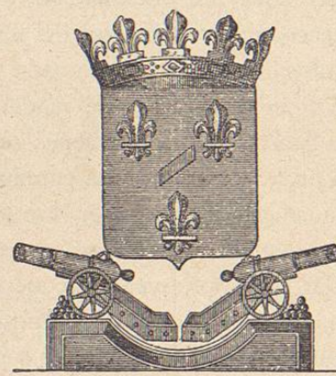
la opinión de la mayor parte de los electores fué mandada ó mendigada. Los confidentes, en el momento del escrutinio ponían papeletas ya extendidas en mano de los electores y habían hecho de modo que á su llegada encontraran en sus posadas todos los escritos y opiniones propias para exaltar su cabeza y determinar su elección á favor de personas de la curia.» «En la senescalía de Lectoure, una porción de parroquias y comunidades dejaron de ser citadas y advertidas, para mandar sus documentos y diputados á la reunión de la senescalía. En las que fueron citados, los abogados, procuradores y notarios de los pueblecitos vecinos, presentaron sus quejas de su jefe sin reunir la comunidad... Con un mismo borrador, hacían para todos copias iguales que vendían á buen precio en los consejos de cada parroquia del campo.» Síntoma alarmante y que señalaba anticipadamente el camino que la Revolución va á seguir; el hombre del pueblo es adoctrinado por el abogado, el hombre de pica se deja conducir por el hombre de frases.

Desde el primer año puede verse el efecto de su asociación. En el Franco-Condado, á consecuencia de una consulta evacuada por un tal Rouget, los labriegos del marqués de Chaila «se determinan á no pagarle nada y á repartirse el producto de las cortas de madera sin llamar á la dirección.» En sus dictámenes «el abogado adelanta la idea de que todas las comunidades de la provincia están resueltas á hacer otro tanto. Su opinión está tan generalizada en el campo, que muchas comunidades están convencidas que ya nada deben al rey ni á sus señores. M. de Marnesia, diputado de la Asamblea (nacional) vino (aquí) á pasar algunos días para restablecer su salud; fué tratado de la manera más dura y escandalosa; hasta se trató de mandarle á París con escolta. Después de su partida su castillo fué atacado, las puertas quemadas y las puertas del jardín derribadas. (No obstante) ningún gentil-hombre hizo tanto por los habitantes de sus haciendas como el marqués de Marnesia; aumentan los excesos de todas clases: tengo continuas quejas contra el abuso que de sus armas hacen las milicias nacionales y no puedo remediarlo.» Según una frase pronunciada en la Asamblea nacional, la policía rural cree que va á ser disuelta y no quiere enemistarse con nadie. «Las baillías son tan tímidas como la guardería rural, les mando causas sin cesar y no se castiga á ningún culpable.» «Ninguna nación goza de una libertad tan indefinida ni tan funesta á la gente honrada; es absolutamente contrario á los derechos del hombre el estar continuamente en peligro de ser degollado

por facinerosos que confunden á todas horas la libertad con la licencia.» En otros términos, las pasiones para excusar se recurren á la teoría, y esta para aplicarse recurre á las pasiones. Por ejemplo, cerca de Liancourt, el duque de Larochehoucauld tenía un terreno inculto «desde el principio de la Revolución, según Arturo Young, declaran los pobres del pueblo que, puesto que forman parte de la nación, los terrenos incultos, propiedad de la nación, les pertenecen,» é inmediatamente, «sin más formalidad,» entran en posesión de ellos, reparten la tierra, plantan setos y desmontan.» «Esto, dice Arturo Young, muestra el espíritu general. Algo extremadas las consecuencias, no serían pequeñas para la propiedad en este reino.» Ya el año ante-

rior, cerca de Rouen, los merodeadores que cortaban y vendían los bosques, decían que «el pueblo tiene derecho á tomar todo lo preciso á sus necesidades.» Se les ha predicado que son soberanos y obran como tales. Dado su estado de ánimo, nada más natural que su comportamiento. Muchos millones de salvajes son de este modo lanzados por algunos millares de habladores, y la política de café tiene por intérprete y por ministro el grupo de la calle.

Por una parte, la fuerza bruta se pone al servicio del dogma radical, y por otra, el dogma radical se pone al servicio de la fuerza bruta. Y hé ahí en la Francia disuelta los dos únicos poderes en pie sobre las ruínas de todo lo demás.



Escudo del director de artillería



CAPITULO V

I

ELLOS son los sucesores y ejecutores del antiguo régimen, y cuando se repara en el modo como éste las engendro, incubó, amamantó, entronizó y provocó, no puede menos de considerarse su historia como un prolongado suicidio; es lo mismo que un hombre que subido á lo alto de una escalera de mano la cortara bajo sus pies. En tales casos no bastan las buenas intenciones; de nada sirve ser liberal y hasta generoso, ni de esbozar reformas á medias. Muy al contrario, con sus cualidades lo mismo que con sus defectos, con sus virtudes lo propio que con sus vicios, los privilegiados trabajaron en su caída, y sus méritos contribuyeron á su ruína tanto como sus culpas. Fundadores de la sociedad, habiendo merecido antiguamente con sus servicios sus ventajas, conservaron su categoría sin continuar en su empleo; en el gobierno local lo mismo que en el central, su cargo es una prebenda y sus privilegios se convirtieron en abusos. Al frente de ellos el rey que hizo la Francia, dedicándose á ella como á cosa propia, acaba por usar de ella como de una cosa de su propiedad; el dinero público es su peculio particular, y pasiones, vanidades, debilidades personales, hábitos de lujo, preocupaciones de familia, intrigas de querida, caprichos de esposa, gobiernan un Estado de 26 millones de hombres, con una arbitrariedad, una incuria, una prodigalidad, una torpeza y una inconsecuencia que apenas si podrían excusarse en la administración de una hacienda particular. Rey y privilegiados no sobresalen más que en una cosa, en

la manera de presentarse y producirse, en el buen gusto, en el buen tono, en el talento de figurar y recibir, en el dón de conversar con gracia, finura y atractivo, en el arte de transformar la vida en una fiesta ingeniosa y brillante, como si el mundo fuese una reunión de ociosos delicados, en que bastara ser espiritual y amable, cuando es un círculo en el que es necesario ser fuerte para combatir, y un laboratorio donde es preciso trabajar para ser útil. Por medio de este hábito, de esta perfección y de este ascendiente de la conversación fina, imprimieron al espíritu francés la forma clásica, que combinada con las nuevas verdades científicas adquiridas produce la filosofía del siglo XVIII, el descrédito de la tradición, la pretensión de refundir todas las instituciones humanas con arreglo á la razón única, la aplicación del método matemático á la política y á la moral, el catecismo de los derechos del hombre y todos los dogmas anárquicos y despóticos del *Contrato social*. Nacida la primera, recógenla en su casa como un pasatiempo de reunión, juegan con el mónstruo pequeñito, todavía inocente, engalanado como un cordero de égloga; no piensan que pueda nunca convertirse en una bestia furiosa y formidable; la amamantan, la adulan, luégo, desde su palacio, la dejan bajar á la calle. Allí, en casa de un burgués que el gobierno indisponde al comprometer su fortuna, á quien los privilegios ofenden al comprimir sus ambiciones, á quien hiere la desigualdad al mortificar su amor propio, la teoría revolucionaria crece rápidamente, toma una aspereza repentina, y